

leer es mi cuento⁴

barbas, pelos y cenizas



MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

María Fernanda Campo Saavedra
MINISTRA DE EDUCACIÓN

EDITOR
Moisés Melo

COORDINADORA EDITORIAL
Jenny Alexandra Rodríguez

DISEÑADOR EDITORIAL
Nestali Vanegas

ILUSTRADOR
Daniel Gómez

Primera edición, 2013

ISBN: 978-958-8827-00-1

© Ministerio de Cultura. Derechos patrimoniales reservados
sobre las ilustraciones de Daniel Gómez.

© Derechos morales de las ilustraciones y las traducciones
como aparece en cada cuento.

Material de distribución gratuita. Los textos son de varios
autores que pertenecen al dominio público.

El Ministerio autoriza la reproducción física y digital del
libro incluyendo ilustraciones en casos en que no haya
fines de lucro; para cualquier otro uso de éstas se requiere
autorización del Ministerio de Cultura.

serieleeresmicuento@mincultura.gov.co

IMPRESO EN: junio DE 2013





ÍNDICE

Barba Azul..... 4

Charles Perrault

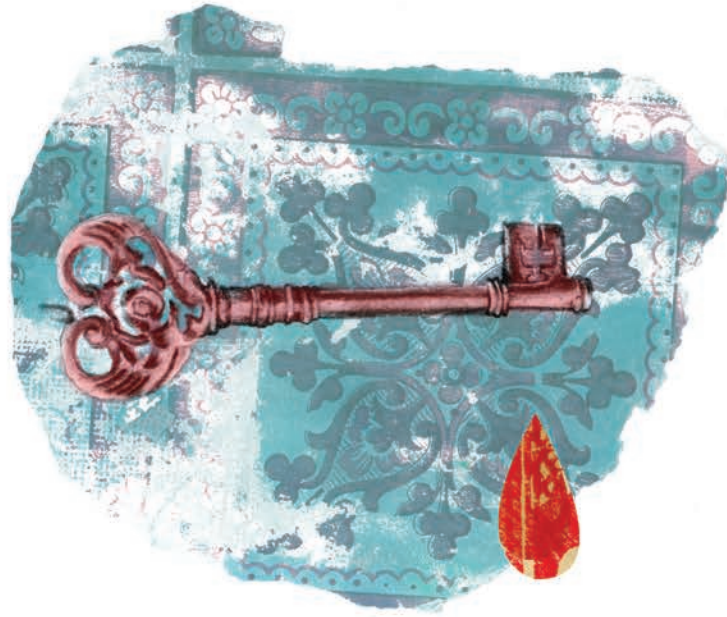
Los tres pelos de oro del diablo..... 13

Hermanos Grimm

La Cenicienta..... 22

Hermanos Grimm





Barba Azul

Charles Perrault & Traducción de Teodoro Baró

4

En otro tiempo vivía un hombre que tenía hermosas casas en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles muy adornados y carrozas doradas; pero, por desgracia, su barba era azul, color que le daba un aspecto tan feo y terrible que no había mujer ni joven que no huyera a su vista.

Una de sus vecinas, señora de rango, tenía dos hijas muy hermosas.

Le pidió una en matrimonio, dejando a la madre la elección de la que había de ser su esposa. Ninguna de las jóvenes se quería casar con él y cada cual lo endosaba a la otra, sin que la otra ni la una se resolvieran a ser la mujer de un hombre que tenía la barba azul. Además, aumentaba su disgusto el hecho de que había casado con varias mujeres y nadie sabía lo que de ellas había sido.



Barba Azul, para trabar con ellas relaciones, las llevó con su madre, tres o cuatro amigos íntimos y algunas jóvenes de la vecindad a una de sus casas de campo en la que permanecieron ocho días completos, que emplearon en paseos, partidos de caza y pesca, bailes y tertulias, sin dormir apenas y pasando las noches en decir chistes. Tan agradablemente se deslizó el tiempo, que a la menor le pareció que el dueño de casa no tenía la barba azul y que era un hombre muy bueno; y al regresar a la ciudad celebraron la boda.

Al cabo de un mes Barba Azul dijo a su esposa que se veía obligado a hacer un viaje a provincias, que a lo menos duraría seis semanas, siendo importante el asunto que le obligaba a viajar. Le rogó que durante su ausencia se divirtiese cuanto pudiera, invitara a sus amigas a acompañarla, fuera con ellas al campo, si de ello gustaba, y procurara no estar triste.

—Aquí tienes, añadió, las llaves de los dos grandes guardamuebles. Estas son las de la vajilla de oro y plata que no se usa diariamente; las que te entrego pertenecen a las cajas donde guardo los metales preciosos; estas las de los cofres en los que están mis piedras y joyas, y aquí te doy el llavín que abre las puertas de todos los cuartos. Esta llavecita es la del gabinete que hay al extremo de la gran galería de abajo. Ábrelo todo, entra en todas partes, pero te prohíbo penetrar en el gabinete; y de tal manera te lo prohíbo, que si lo abres puedes esperar todo de mi cólera.





6 Le prometió atenerse exactamente a lo que acababa de ordenarle; y él, después de haberla abrazado, se metió en el carruaje y emprendió su viaje.

Las vecinas y los amigos no esperaron a que les llamasen para ir a casa de la recién casada, pues grandes eran sus deseos de verlo todo, que no se atrevieron a realizar estando el marido, porque su barba azul les espantaba. Acto continuo se pusieron a recorrer los cuartos, los gabinetes, los guardarropas, siendo sorprendente la riqueza de cada habitación. Subieron enseguida a los guardamuebles, donde no se cansaron de admirar el número y belleza de los tapices, camas, sofás, papeleras, veladores, mesas y espejos que reproducían las imágenes de la cabeza a los pies y en los que los adornos, los unos de cristal, de plata dorados los otros, eran tan bellos y magníficos que iguales no se habían visto. No cesaban de ponderar y envidiar la dicha de su amiga, que no se divertía viendo tales riquezas, pues la dominaba la impaciencia por ir a abrir el gabinete de abajo.

Empujada por la curiosidad, sin fijarse en que faltaba a la educación abandonando a sus amigas, bajó por una escalerilla reservada, con tanta precipitación que dos o tres veces corrió peligro de desnucarse. Al llegar a la puerta del gabinete se detuvo algún tiempo, pensando en la prohibición de su marido y reflexionando que la



desobediencia podía atraerle alguna desgracia; pero la tentación era tan fuerte que no pudo vencerla, y tomando la llavecita abrió temblando la puerta del gabinete.

7

Al principio no vio nada, debido a que las ventanas estaban cerradas. Al cabo de algunos instantes comenzaron a destacarse los objetos y notó que el suelo estaba completamente cubierto de sangre cuajada y que en ella se reflejaban los cuerpos de varias mujeres muertas y sujetas a las paredes. Estas mujeres eran todas aquellas con quienes Barba Azul se había casado, a las que había degollado una tras otra. Creyó morir de miedo ante tal espectáculo y se le cayó la llave del gabinete que acababa de sacar de la cerradura.

Después de haberse repuesto algo, cogió la llave, cerró la puerta y subió a su cuarto para dominar su agitación, sin que lo lograra, pues era extraordinaria.

Habiendo notado que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la enjugó dos o tres veces, pero la sangre no desaparecía. En vano la lavó y hasta la frotó con arenilla y piedra pómez, pues continuaron las manchas sin que hubiera medio de hacerlas desaparecer, porque cuando lograba quitarlas de un lado, aparecían en el otro.

Barba Azul regresó de su viaje la noche de aquel mismo día y dijo que en el camino había recibido cartas notificándole que había terminado favorablemente

para él el asunto que le había obligado a ausentarse. La esposa hizo cuanto pudo para que creyese que su inesperada vuelta la había llenado de alegría.

Al día siguiente le dio las llaves y se las entregó tan temblorosa, que en el acto adivinó todo lo ocurrido.

—¿Por qué no está con las otras la llavecita del gabinete? —Le preguntó.

—Probablemente la habré dejado sobre mi mesa, contestó.

—Dámela enseguida, añadió Barba Azul.

Después de varias dilaciones, forzoso fue entregar la llave. La miró Barba Azul y dijo a su mujer:

—¿A qué se debe que haya sangre en esta llave?

—Lo ignoro, contestó más pálida que la muerte.

—¿No lo sabes? —replicó Barba Azul—; yo lo sé. Has querido penetrar en el gabinete. Pues bien, entrarás en él e irás a ocupar tu puesto entre las mujeres que allí has visto.

8

Al oír estas palabras se arrojó llorando a los pies de su esposo y le pidió perdón con todas las demostraciones de un verdadero arrepentimiento por haberle desobedecido. Hubiera conmovido a una roca, tanta era su aflicción y belleza, pero Barba Azul tenía el corazón más duro que el granito.

—Es necesario que mueras, le dijo, y morirás en el acto.

—Puesto que es forzoso, murmuró mirándole con los ojos anegados en llanto, concédeme algún tiempo para rezar.

—Te concedo diez minutos, replicó Barba Azul, pero ni un segundo más.

En cuanto estuvo sola llamó a su hermana y le dijo:

—Anita de mi corazón; sube a lo alto de la torre y mira si vienen mis hermanos. Me han prometido que hoy vendrían a verme, y si les ves hazles seña de que apresuren el paso.

Subió Anita a lo alto de la torre y la mísera le preguntaba a cada instante.

—Anita, hermana mía, ¿ves algo?

Y Anita contestaba:





—Sólo veo el sol que centellea y la hierba que verdea.

Barba Azul tenía una enorme cuchilla en la mano y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones a su mujer:

10

—Baja enseguida o subo yo.

—¡Un instante, por piedad! —le contestaba su esposa; y luego decía en voz baja—: Anita, hermana mía, ¿ves algo?

Su hermana respondía:

—Sólo veo el sol que centellea y la hierba que verdea.

—Baja pronto —bramaba Barba Azul—, o subo yo.

—Bajo —contestó la infeliz; y luego preguntó—, Anita, hermana mía, ¿viene alguien?

—Sí, veo una gran polvareda que hacia aquí avanza...

—¿Son mis hermanos?

—¡Ay!, no, hermana mía; es un rebaño de carneros.

—¿Bajas o no bajas? —vociferaba Barba Azul.

—¡Un momento, otro instante no más! —exclamó su mujer; y luego añadió—: Anita, hermana mía, ¿viene alguien?

–Veo –contestó–, dos caballeros que hacia aquí se encaminan, pero aún están muy lejos. ¡Alabado sea Dios! –exclamó, poco después–; ¡son mis hermanos! Les hago señas para que apresuren el paso.

Barba Azul se puso a gritar con tanta fuerza que se estremeció la casa entera. Bajó la infeliz mujer y fue a arrojarse a sus pies llorosa y desgredada.

–De nada han de servirte las lágrimas –le dijo–; has de morir.

Luego la agarró de los cabellos con una mano y levantó con la otra la cuchilla para cortarle la cabeza. La infeliz volvió hacia él la moribunda mirada y le rogó le concediese unos segundos.

–No, no –rugió aquel hombre–; encomiéndate a Dios.

Y al mismo tiempo levantó el armado brazo...

En aquel momento golpearon con tanta fuerza la puerta, que Barba Azul se detuvo. Abrieron y entraron dos caballeros, quienes desnudando las espadas corrieron hacia donde estaba aquel hombre, que reconoció a los dos hermanos de su mujer, el uno perteneciente a un regimiento de dragones y el otro mosquetero; y al verles escapó. Le persiguieron tan de cerca ambos hermanos, que le alcanzaron antes que hubiese podido llegar a la plataforma, le atravesaron el cuerpo con sus espadas y le dejaron muerto. La pobre mujer casi estaba tan falta de vida como su marido y ni fuerzas tuvo para levantarse y abrazar a sus hermanos.



Resultó que Barba Azul no tenía herederos, con lo cual todos sus bienes pasaron a su esposa, quien empleó una parte en casar a su hermanita con un joven gentilhomme que hacía tiempo la amaba, otra parte en comprar los grados de capitán para sus hermanos y el resto se lo reservó, casando con un hombre muy digno y honrado que la hizo olvidar los tristes instantes que había pasado con Barba Azul.

Moraleja

De lo dicho se deduce,
si el cuento sabes leer,
que al curioso los disgustos
suelen venirle a granel.
La curiosidad empieza,
nos domina, y una vez
satisfecha, ya no queda
de ella siquiera el placer,
pero quedan sus peligros
que has de evitar por tu bien.

12

Otra moraleja

A tiempos ya muy lejanos
se refiere este cuento.
Mas ahora, aunque el marido
devorado esté por celos
y tenga la barba azul,
o bien negro tenga el pelo,
le domina la mujer
con la dulzura y talento.
Para que haya paz en casa,
ya sabéis cuál es el medio.





Los tres pelos de oro del diablo

Hermanos Grimm & Adaptado de la traducción de José S. Viedma

13

Había una mujer que dio a luz un hijo que nació de pie por lo que la predijeron que a los catorce años se casaría con la hija del rey.

Por los mismos días pasó el rey por aquella aldea sin que nadie le conociese, y preguntando lo que había de nuevo, le respondieron que acababa de nacer un niño de pie, y que todo lo que emprendiese le saldría bien, y que le habían vaticinado que cuando tuviera catorce años se casaría con la hija del rey.

El rey tenía muy mal corazón, y esta predicción lo molestó. Fue a buscar a los padres del recién nacido, y les dijo en tono amistoso:

–Vosotros sois unos pobres; dadme a vuestro hijo, y yo cuidaré de él.

Se negaron, desde luego, mas el forastero les ofreció mucho oro, y se dijeron a sí mismos: «Puesto que el niño ha nacido de pie, todo lo que le suceda será por su bien». Y acabaron por ceder y entregar a su hijo.

El rey lo puso en una caja y lo llevó a orillas de un río, donde lo arrojó pensando que libraba a su hija de un amante con el que no contaba. Pero la caja en vez de irse a fondo, comenzó a flotar como un barquichuelo sin que entrase en

ella ni una sola gota de agua; la corriente la arrastró hasta dos leguas más allá de la capital, donde se detuvo junto a la esclusa de un molino. Un criado del molinero, que se hallaba allí por casualidad, la vio y la sacó con un garfio, esperando encontrar al abrirla grandes tesoros, pero se halló con un niño muy bonito, despierto y alegre. Lo llevó al molino, y el molinero y su mujer, que no tenían hijos, lo recibieron como si se lo hubiera enviado Dios. Trataron muy bien al huerfanito, que creció en su casa en fuerzas y en buenas cualidades.

Sorprendido un día el rey por una tempestad, entró en el molino, y preguntó al molinero si era hijo suyo aquel joven.


—No señor —le contestó—, es un expósito que hemos encontrado en una caja que arrastró el agua hasta la esclusa del molino hará unos catorce años; mi criado le sacó del agua.

El rey conoció entonces que este era el niño que había nacido de pie y que arrojó él al río.

—Buenas gentes —les dijo—; ¿no podría este joven llevar una carta de parte mía a la reina? Le daré dos monedas de oro por su trabajo.

—Lo que mande Vuestra Majestad —le contestaron—, y dijeron al joven que se preparase para ponerse en camino.





El rey envió a la reina una carta en que le mandaba detener al portador, darle muerte y enterrarle, de manera que a su regreso lo encontrase hecho todo.

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se extravió y llegó por la noche a un bosque muy espeso. A lo lejos distinguió una débil luz en medio de las tinieblas, y dirigiéndose hacia aquel lado llegó a una casita pequeña, donde se encontró una vieja sentada junto al hogar. Sorprendida al ver al joven, le dijo aquella mujer:

–¿De dónde vienes y qué quieres?

–Vengo del molino –respondió–, llevo una carta a la reina, me he perdido en el camino y quisiera pasar la noche aquí.

–Desgraciado joven –le replicó la mujer–, has caído en una caverna de ladrones, y si te encuentran aquí, morirás sin remedio.

–A Dios gracias –dijo el joven– no tengo miedo, y además estoy tan cansado que me es imposible ir más lejos. Se echó en un banco y se durmió; poco después llegaron los ladrones y preguntaron incomodados por qué se hallaba allí aquel forastero.

–¡Ah! –dijo la vieja–, es un pobre niño que se ha perdido en el bosque y le he recibido por compasión; lleva una carta a la reina.

Los ladrones pidieron la carta para leerla, y vieron que contenía la orden de dar muerte al portador. A pesar de la dureza de su corazón se compadecieron del pobre diablo; el capitán rompió la carta y puso otra en su lugar, en que decía que tan pronto como llegase se casara el joven con la hija del rey. Después los ladrones le dejaron dormir en el banco hasta la mañana siguiente, y en cuanto despertó, le entregaron la carta y le enseñaron el camino.

Apenas recibió la carta, ejecutó la reina lo que se decía en su contenido, se celebraron las bodas con magnificencia y la hija del rey se casó con el niño nacido de pie, y como era guapo y amable vivía a gusto con él.

Algún tiempo después volvió el rey a su palacio y vio que se había cumplido la predicción, y que el niño nacido de pie se había casado con su hija.

–¿Cómo habéis hecho eso? –dijo–; yo había dado en la carta una orden muy diferente.

La reina le enseñó la carta, y le dijo que podía ver lo que contenía.

La leyó y vio que habían cambiado la suya.

Preguntó al joven lo que había hecho de la carta que le había entregado, y por qué había dado otra.

—No sé nada de eso —replicó el joven—, a menos que me la hayan cambiado la noche que pasé en el bosque.

El rey, encolerizado, le dijo:

—Esto no puede quedar así; el que pretenda a mi hija debe traerse del infierno tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Trámelos, y entonces te pertenecerá mi hija.

El rey, al darle esta comisión, creía que no volvería más.

El joven le respondió:

—No tengo miedo al diablo, iré a buscar los tres pelos de oro.

Y se despidió del rey y se puso en camino.

Llegó a poco delante de una gran ciudad, a cuya puerta le preguntó el centinela cuál era su estado, y lo que sabía.

—Todo —le respondió.



–Entonces –dijo el centinela–, haz el favor de decirnos por qué la fuente de nuestro mercado, que antes daba siempre vino, se ha secado y no mana más que agua.

–Esperad –le respondió–, y os lo diré a mi regreso.

Más lejos, llegó delante de otra ciudad; el centinela de la puerta le preguntó cuál era su estado y lo que sabía.

–Todo –le contestó.

–Entonces haz el favor de decirnos por qué el árbol grande de nuestra ciudad, que antes daba siempre manzanas de oro no produce ya ni siquiera hojas.

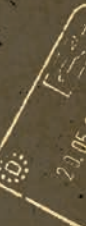
–Esperad –le respondió–, y os lo diré a mi regreso.

Más lejos todavía llegó delante de un ancho río que necesitaba pasar. El barquero le preguntó su estado, y lo que sabía.

–Todo –le respondió.

–Entonces –dijo el barquero–, haz el favor de decirme si debo permanecer siempre en este puesto sin ser relevado nunca.

–Espera –le contestó–, y te lo diré a mi regreso.



Al otro lado del agua encontró la boca del infierno que estaba negra, llena de humo. El diablo no se hallaba en su casa, pero encontró a su patrona, que estaba sentada en un sillón grande.

–¿Qué quieres? –le preguntó, con un tono bastante dulce.

–Necesito tres pelos de oro de la cabeza del diablo, sin lo cual no puedo vivir con mi mujer.

–Mucho pedir es eso –le dijo–, y si el diablo te ve cuando entre, pasarás un rato muy malo; sin embargo, me caes bien y voy a procurar ayudarte.

Lo convirtió en hormiga y le dijo:

–Ocúltate en los pliegues de mi vestido; aquí estarás seguro.

–Gracias –le contestó–; creo que esto va bien; pero necesito además saber tres cosas: por qué una fuente que manaba siempre vino, no mana ya ni aun agua; por qué un árbol que daba manzanas de oro, no produce ya ni aun hojas, y si cierto barquero debe permanecer siempre en su puesto sin ser relevado nunca.

–Esas son tres preguntas muy difíciles, pero no tengas cuidado, escucha con atención lo que diga el diablo cuando le arranque los tres pelos de oro.

Por la noche volvió el diablo a su casa, y apenas había entrado, notó un olor extraño.

–¿Qué hay aquí de nuevo? –dijo–; huele a carne humana. Registró todos los rincones, pero sin encontrar nada, y la patrona le armó una quimera.

–Acabo de barrer y de arreglarlo todo –le dijo–, y vas a desarreglarlo; siempre estás oliendo a carne humana, siéntate y cena.

Como estaba cansado, en cuanto cenó, puso la cabeza en la rodilla de la patrona, y le dijo que le espulgase un poco, pero no tardó en dormirse y roncar. La vieja cogió un pelo de oro, lo arrancó y lo puso a su lado.

–¡Ay! –exclamó el diablo–, ¿qué haces?

–He tenido un mal sueño, dijo la patrona, y te he agarrado del pelo.

–¿Qué has soñado? –la preguntó el diablo.

–He soñado que la fuente de un mercado que manaba siempre vino, se ha secado y no da ya ni aun agua; ¿cuál puede ser la causa?



—¡Ah! ¡si lo supieran! —contestó el diablo—; hay un sapo en la fuente debajo de una piedra, no tienen mas que matarle y volverá a manar vino.

19

La vieja se puso a espulgarle otra vez, se volvió a dormir y comenzó a roncar.

Entonces le arrancó el segundo pelo.

—¡Ay! ¿qué haces? —exclamó el diablo encolerizado.

—No te muevas —le respondió—, es un sueño que he tenido.

—¿Qué has soñado? —le preguntó.

—He soñado que en cierto país hay un árbol, que daba antes manzanas de oro, y ahora no tiene ni siquiera hojas; ¿cuál puede ser el motivo?

—¡Oh! ¡si lo supieran! —replicó el diablo—; hay un ratón que seca la raíz; no tienen mas que matarle y el árbol volverá a producir manzanas de oro; pero si continúa royéndola, se secará por completo. Ahora déjame en paz. Tú y tus sueños. Si me vuelves a despertar, te daré un bofetón.

Lo tranquilizó la patrona y volvió a espulgarle hasta que se durmió y comenzó a roncar. Entonces le arrancó el tercer pelo de oro. El diablo se levantó gritando y quería pegarle; pero ella le supo engañar, diciéndole:

—¿Quién puede librarse de un mal sueño?

—¿Qué has soñado ahora? —le preguntó con curiosidad.



—He soñado con un barquero que se queja de estar pasando siempre el río con su barca, sin que le reemplace nunca nadie.

—¡Ah! el tonto —repuso el diablo—, no tiene mas que poner el remo en la mano al primero que vaya a pasar el río y quedará libre, viéndose el otro obligado a servir a su vez de barquero.

Como la patrona le había arrancado los tres cabellos de oro y había sabido las tres respuestas que quería saber, le dejó en paz y él se durmió hasta la mañana siguiente.

Apenas hubo el diablo salido de la casa, cogió la vieja a la hormiga de entre los pliegues de su vestido, y volvió al joven a su forma humana.

—Ahí tienes los tres pelos —le dijo.

—¿Has oído bien las respuestas del diablo a tus tres preguntas?

—Muy bien —respondió—, no las olvidaré.

—Entonces ya no tienes cuidado —le dijo—, y puedes seguir tu camino.

Dio gracias a la vieja por lo bien que le había ayudado, y salió del infierno muy contento de haber tenido tan buena fortuna.

Cuando llegó donde estaba el barquero, se hizo pasar al otro lado antes de darle la respuesta prometida, y entonces le dio el consejo del diablo.

—No tienes mas que poner el remo en la mano al primero que venga a pasar el río.

Poco después llegó a la ciudad, donde se hallaba el árbol estéril, el centinela esperaba también su respuesta.

—Mata al ratón que roe las raíces —le dijo—, y volverán a nacer las manzanas de oro.

El centinela le dio en agradecimiento dos asnos cargados de este metal precioso.

Tocó, por último en la ciudad, cuya fuente estaba seca, y dijo al centinela:

—En la fuente, debajo de la piedra, hay un sapo; búscalo: y mávalo, y volverá a correr el vino en abundancia. El centinela le dio las gracias, y además dos asnos cargados de oro.





El niño nacido de pie llegó por último donde se hallaba su mujer, que se regocijó de todo corazón por su regreso, y en particular al saber que todo le había salido bien.

Entregó al rey los tres pelos de oro del diablo; el rey quedó muy satisfecho al ver los cuatro asnos cargados de oro y le dijo:

—Ahora has cumplido ya con todas las condiciones, y mi hija es tuya. Pero, querido hijo mío, dime, ¿de dónde has sacado tanto oro? Pues has traído un verdadero tesoro.

—Lo he cogido —le contestó—, cerca de un río que he atravesado; es la arena que hay en aquella orilla.

—¿Podría yo coger otro tanto? —le preguntó el rey que era muy avaro.

—Y mucho más —le respondió—; hay un barquero, dirígios a él para pasar el río y podréis llenar todos los sacos que llevéis.

El avaro monarca se puso en seguida en camino, y al llegar a la orilla del río hizo señal al barquero para que arrimase la barca. El barquero le mandó entrar, y en cuanto estuvieron al otro lado, le puso el remo en la mano y saltó fuera. El rey quedó así de barquero en castigo de sus pecados.

—¿Sigue siéndolo todavía?

—¡Ah! sin duda, puesto que nadie le ha tomado el remo.



La Cenicienta

Hermanos Grimm & Adaptado de la traducción de José S. Viedma

23

La mujer de un hombre muy rico estaba muy enferma, y cuando vio que se acercaba su fin, llamó a su hija única y le dijo:

—Querida hija, sé piadosa y buena, Dios te protegerá desde el cielo y yo no me apartaré de tu lado y te bendeciré—. Poco después cerró los ojos y espiró. La niña iba todos los días a llorar al sepulcro de su madre y continuó siendo siempre piadosa y buena. Llegó el invierno y la nieve cubrió el sepulcro con su blanco manto, llegó la primavera y el sol doró las flores del campo y el padre de la niña se casó de nuevo.

La esposa trajo dos niñas que tenían un rostro muy hermoso, pero un corazón muy duro y cruel; entonces comenzaron muy malos tiempos para la pobre huérfana. —No queremos que este pedazo de ganso se sienta a nuestro lado, que gane el pan que coma, váyase a la cocina con la criada—. Le quitaron sus vestidos buenos, le pusieron una falda remendada y vieja y le dieron unos zuecos. —¡Qué sucia está la orgullosa princesa!— decían riéndose, y la mandaron a la cocina: tenía que trabajar allí desde la mañana hasta la noche, levantarse temprano, traer agua, encender lumbre, coser y lavar; sus hermanas le hacían además todo el daño posible, se burlaban de ella y le vertían la comida en la lumbre, de manera que

tenía que bajarse a recogerla. Por la noche cuando estaba cansada de tanto trabajar, no podía acostarse, pues no tenía cama, y se pasaba recostada al lado del fogón, y como siempre estaba llena de polvo y ceniza, la llamaban la Cenicienta.

Sucedió que su padre fue en una ocasión a una feria y preguntó a sus hijastras lo que querían que les trajese. –Un bonito vestido– dijo la una. –Una buena sortija–, añadió la segunda. –Y tú Cenicienta, ¿qué quieres?– le dijo. –Padre, traígame la primera rama que encuentre en el camino–. Compró a sus dos hijastras hermosos vestidos y sortijas adornadas de perlas y piedras preciosas, y a su regreso, al pasar por un bosque cubierto de verdor, tropezó con su sombrero en una rama de zarza, y la cortó. Cuando volvió a su casa dio a sus hijastras lo que le habían pedido y la rama a la Cenicienta, la cual se lo agradeció; corrió al sepulcro de su madre, plantó la rama en él y lloró tanto que regada por sus lágrimas, no tardó la rama en crecer y convertirse en un hermoso árbol. La Cenicienta iba tres veces todos los días a ver el árbol, lloraba y oraba y



siempre iba a descansar en él un pajarito, y cuando sentía algún deseo, en el acto le concedía el pajarito lo que deseaba.

Celebró por entonces el rey unas grandes fiestas, que debían durar tres días, e invitó a ellas a todas las jóvenes del país para que su hijo eligiera la que más le agradase por esposa. Cuando supieron las dos hermanastras que debían asistir a aquellas fiestas, llamaron a la Cenicienta y le dijeron. –Péinanos, límpianos los zapatos y ponles bien las hebillas, pues vamos a una boda al palacio del rey—. La Cenicienta las escuchó llorando, pues las hubiera acompañado con mucho gusto al baile, y suplicó a su madrastra se lo permitiese. –Cenicienta, le dijo: estás llena de polvo y ceniza y ¿quieres ir a una boda? ¿No tienes vestidos ni zapatos y quieres bailar?– Pero como insistiese en sus súplicas, le dijo por último: –Se ha caído un plato de lentejas en la ceniza, si las recoges antes de dos horas, vendrás con nosotras—. La joven salió al jardín por la puerta trasera y dijo: –Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme a recoger.

*Las buenas en el puchero,
las malas en el caldero.*

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, y después dos tórtolas y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo, que acabaron por bajarse a la ceniza, y las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo pi, pi, y los restantes pájaros comenzaron también a decir pi, pi, y pusieron todos los granos buenos en el plato. Aun no había transcurrido una hora, y ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó entonces la niña llena de alegría el plato a su madrastra, creyendo que le permitiría ir a la boda, pero le dijo: –No, Cenicienta, no tienes vestido y no sabes bailar, se reirían de nosotras–; mas viendo que lloraba añadió: –Si puedes recoger de entre la ceniza dos platos llenos de lentejas en una hora, irás con nosotras—. Creyendo en su interior, que no podría hacerlo, vertió los dos platos de lentejas en la ceniza y se marchó, pero la joven salió entonces al jardín por la puerta trasera y volvió a decir: –Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme a recoger.

*Las buenas en el puchero,
las malas en el caldero.*

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, después dos tórtolas, y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo que acabaron por bajarse a la ceniza y las palomas picoteaban con sus

piquitos diciendo pi, pi, y los demás pájaros comenzaron a decir también pi, pi, y pusieron todas las lentejas buenas en el plato, y aun no había transcurrido media hora, cuando ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó la niña llena de alegría el plato a su madrastra, creyendo le permitiría ir a la boda, pero le dijo: –Todo es inútil, no puedes venir, porque no tienes vestido y no sabes bailar; se reirían de nosotras—. Le volvió entonces la espalda y se marchó con sus orgullosas hijas.

En cuanto quedó sola en casa, fue la Cenicienta al sepulcro de su madre, debajo del árbol, y comenzó a decir:

*Arbolito pequeño,
dame un vestido;
que sea, de oro y plata,
muy bien tejido.*

26 El pájaro le dio entonces un vestido de oro y plata y unos zapatos bordados de plata y seda; en seguida se puso el vestido y se marchó a la boda; sus hermanas y madrastra no la conocieron, creyendo sería alguna princesa extranjera, pues les pareció muy hermosa con su vestido de oro, y ni aun se acordaban de la Cenicienta, creyendo estaría limpiando lentejas sentada en el fogón. Salió a su encuentro el hijo del rey, la tomó de la mano y bailó con ella, no permitiéndole bailar con nadie, pues no le soltó de la mano, y si se acercaba algún otro a invitarla, le decía: –es mi pareja.

Bailó hasta el amanecer y entonces decidió marcharse; el príncipe le dijo: –Iré contigo y te acompañaré–, pues deseaba saber quién era aquella joven, pero ella se despidió y saltó al palomar, entonces aguardó el hijo del rey a que fuera su padre y le dijo que la doncella extranjera había saltado al palomar. El anciano creyó que debía ser la Cenicienta; trajeron una piqueta y un martillo para derribar el palomar, pero no había nadie dentro, y cuando llegaron a la casa de la Cenicienta, la encontraron sentada en el fogón con sus sucios vestidos y un turbio candil ardía en la chimenea, pues la Cenicienta había entrado y salido muy ligera en el palomar y corrido hacia el sepulcro de su madre, donde se quitó los hermosos vestidos que se llevó el pájaro y después se fue a sentar con su falda gris a la cocina.

Al día siguiente; cuando llegó la hora en que iba a principiar la fiesta y se marcharon sus padres y hermanas, corrió la Cenicienta junto al arbolito y dijo:



*Arbolito pequeño,
dame un vestido;
que sea, de oro y plata,
muy bien tejido.*

Le dio entonces el pájaro un vestido mucho más hermoso que el del día anterior y cuando se presentó en la boda con aquel traje, dejó a todos admirados de su extraordinaria belleza; el príncipe que la estaba aguardando la cogió de la mano y bailó toda la noche con ella; cuando iba algún otro a invitarla, decía: —Es mi pareja.

Al amanecer manifestó deseos de marcharse, pero el hijo del rey la siguió para ver la casa en que entraba, pero de pronto se metió en el jardín de detrás de la casa. Había en él un hermoso árbol muy grande, del cual colgaban hermosas peras; la Cenicienta trepó hasta sus ramas y el príncipe no pudo saber por dónde había ido, pero aguardó hasta que vino su padre y le dijo: —La doncella extranjera se me ha escapado; me parece que ha saltado el peral—. El padre creyó que debía ser la Cenicienta; mandó traer una hacha y derribó el árbol, pero no había nadie en él, y cuando llegaron a la casa, estaba la Cenicienta sentada en el hogar, como la noche





anterior, pues había saltado por el otro lado el árbol y fue corriendo al sepulcro de su madre, donde dejó al pájaro sus hermosos vestidos y tomó su falda gris.

Al día siguiente, cuando se marcharon sus padres y hermanas, fue también la Cenicienta al sepulcro de su madre y dijo al arbolito:

*Arbolito pequeño,
dame un vestido;
que sea, de oro y plata,
muy bien tejido.*

Le dio entonces el pájaro un vestido que era mucho más hermoso y magnífico que ninguno de los anteriores, y los zapatos eran todos de oro, y cuando se presentó en la boda con aquel vestido, nadie tenía palabras para expresar su asombro; el príncipe bailó toda la noche con ella y cuando se acercaba alguno a invitarla, le decía: —Es mi pareja.

Al amanecer se empeñó en marcharse la Cenicienta, y el príncipe en acompañarla, mas se escapó con tal ligereza que no pudo seguirla, pero el hijo del rey había mandado untar toda la escalera de alquitrán y se quedó pegado en ella el zapato izquierdo de la joven; lo recogió el príncipe y vio que era muy pequeño, bonito y todo de oro. Al día siguiente fue a ver al padre de la Cenicienta y le dijo: —He decidido que sea mi esposa a la que venga bien este zapato de oro—. Se alegraron mucho las dos hermanas porque tenían los pies muy bonitos; la mayor entró con el zapato en su cuarto para probársele, su madre estaba a su lado, pero no se le podía meter, porque sus dedos eran demasiado largos y el zapato muy pequeño; al verlo le dijo su madre alargándole un cuchillo: —Córtate los dedos, pues cuando seas reina no irás nunca a pie—. La joven se cortó los dedos; metió el zapato en el pie, ocultó su dolor y salió a reunirse con el hijo del rey, que la subió a su caballo como si fuera su novia, y se marchó con ella, pero tenía que pasar por el lado del sepulcro de la primera mujer de su padrastro, en cuyo árbol había dos palomas, que comenzaron a decir:

*No sigas más adelante,
detente a ver un instante
que el zapato es muy pequeño
y esa novia no es su dueño.*

Se detuvo, le miró los pies y vio correr la sangre; volvió su caballo, condujo a su casa a la novia fingida y dijo que no era la que había pedido, que se probase el zapato la otra hermana. Entró ésta en su cuarto y se lo metió bien por delante, pero el talón era demasiado grueso; entonces su madre le alargó un cuchillo y le dijo: –Córtate un pedazo del talón, pues cuando seas reina, no irás nunca a pie–. La joven se cortó un pedazo de talón, metió un pie en el zapato, y ocultando el dolor, salió a ver al hijo del rey, que la subió en su caballo como si fuera su novia y se marchó con ella; cuando pasaron delante del árbol había dos palomas que comenzaron a decir:

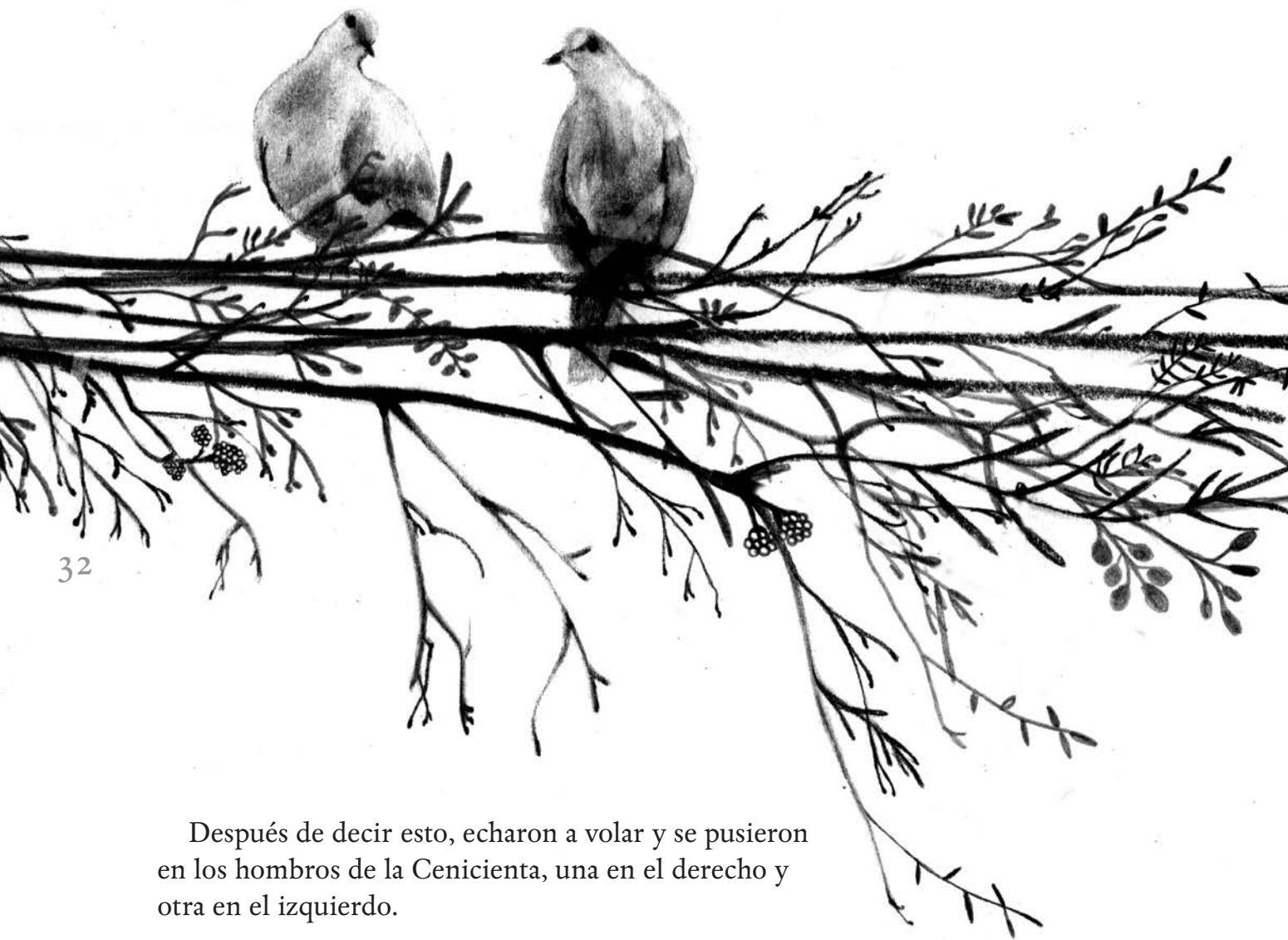
*No sigas más adelante,
detente a ver un instante,
que el zapato es muy pequeño
y esa novia no es su dueño.*

30

Se detuvo, le miró los pies, y vio correr la sangre, volvió su caballo y condujo a su casa a la novia fingida: –Tampoco es esta la que busco, dijo: –¿Tenéis otra hija? –No, contestó el marido; de mi primera mujer tuve una pobre chica, a la que llamamos la Cenicienta, porque está siempre en la cocina, pero esa no puede ser la novia que buscáis–. El hijo del rey insistió en verla, pero la madre le replicó: –No, no, está demasiado sucia para atreverme a enseñarla–. Se empeñó sin embargo en que saliera y hubo que llamar a la Cenicienta. Se lavó primero la cara y las manos, y salió después a presencia del príncipe que le alargó el zapato de oro; se sentó en su banco, sacó de su pie el pesado zueco y se puso el zapato que le venía perfectamente, y cuando se levantó y le vio el príncipe la cara, reconoció a la hermosa doncella que había bailado con él, y dijo: –Esta es mi verdadera novia–. La madrastra y las dos hermanas se pusieron pálidas de ira, pero él subió a la Cenicienta en su caballo y se marchó con ella, y cuando pasaban por delante del árbol, dijeron las dos palomas blancas:

*Sigue, príncipe, sigue adelante
sin parar un solo instante,
pues ya encontraste el dueño
del zapatito pequeño.*





Después de decir esto, echaron a volar y se pusieron en los hombros de la Cenicienta, una en el derecho y otra en el izquierdo.

Cuando se verificó la boda, fueron las falsas hermanas a acompañarla y tomar parte en su felicidad, y al dirigirse los novios a la iglesia, iba la mayor a la derecha y la menor a la izquierda, y las palomas que llevaba la Cenicienta en sus hombros picaron a la mayor en el ojo derecho y a la menor en el izquierdo, de modo que picaron a cada una un ojo; a su regreso se puso la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, y las palomas picaron a cada una en el otro ojo, quedando ciegas toda su vida por su falsedad y envidia.